

# Reflejos

Revista del Departamento de Estudios Españoles y Latinoamericanos

Facultad de Humanidades, Universidad Hebrea de Jerusalén

Número 10, 2001-2002

Una mirada sobre Israel. La población de Israel y la normalización del Medio Oriente. Tendencias y desafíos

Sergio DellaPergola

pp. 144-152

# Una mirada sobre Israel

## ***La población de Israel y la normalización del Medio Oriente. Tendencias y desafíos***

***Sergio DellaPergola***

**E**L logro de la paz en el Medio Oriente y su corolario, la normalización del área, constituyen un proceso sumamente complejo. Es necesario resolver numerosos conflictos que involucran fundamentalmente identidades básicas e intereses nacionales, étnicos y religiosos. Estos conflictos se entretajan con los distintos modos de desarrollo demográfico de las diferentes comunidades – a nivel nacional en toda la región, a nivel nacional dentro de cada país, a nivel local dentro de las áreas urbanas. Los cambios demográficos desempeñan un rol fundamental en el surgimiento, crecimiento y supervivencia de comunidades etnorreligiosas, cuya existen-

cia puede constituir un enorme factor de enriquecimiento cultural de toda sociedad, pero también opera como poderoso determinante de conflicto social. Toda evaluación de los amplios procesos sociales, económicos y políticos que afectan actualmente al Estado de Israel, a la Autoridad Palestina y a sus países vecinos debe basarse en una correcta comprensión de las raíces culturales de las diferentes conductas demográficas comunitarias.

Más allá de sus pautas singulares y sus implicaciones, los procesos regionales en el Medio Oriente pertenecen de hecho a tendencias más amplias y complejas de carácter global. Desde el comienzo de la

---

*Italia, 1942; vive en Israel desde 1966. Es profesor del Instituto Avraham Harman de Judaísmo Contemporáneo, Universidad Hebrea de Jerusalén, del que ha sido director en varias cadencias. Posee renombre internacional como especialista en la demografía de las comunidades judías. Sus investigaciones sobre Europa occidental y oriental, América del Norte y Latinoamérica, Sudáfrica e Israel, abarcan la demografía histórica judía, la familia judía, las migraciones y su absorción en países occidentales e Israel, y aspectos cuantitativos de la educación judía en todo el mundo. Ha publicado numerosos libros, monografías y artículos, y dictado clases en más de 40 universidades y centros de investigación. Es asesor de muchas organizaciones importantes, nacionales e internacionales. En 1999 obtuvo el Premio Marshall Sklare, otorgado por la Association for the Social Scientific Study of Jewry.*

década de 1990, la sociedad mundial ha presenciado cambios sumamente dramáticos. Particularmente desde el fin de la "guerra fría", parece existir una mayor interdependencia entre países y sociedades en lo atingente a intereses políticos y estratégicos, relaciones industriales, comercio internacional e influencias culturales. Significativos aumentos en el volumen de la migración internacional están provocando una creciente diversidad interna dentro de sociedades en las que antes prevalecía la homogeneidad nacional. También contribuye al proceso el vibrante ritmo de la comunicación internacional a través de redes de televisión y computadoras. Las nuevas tecnologías, sumadas a progresos en el transporte, ofrecen a los individuos la oportunidad de percibir y reaccionar en tiempo real ante estímulos económicos y culturales, reduciendo la incidencia de la distancia física.

En términos políticos, estas tendencias sugieren nuevos desafíos para los planificadores políticos y los operadores sociales. ¿Pueden coexistir pacíficamente países vecinos con diferentes marcos de referencia etnocultural? ¿Cómo pueden manejarse en el siglo XXI las sociedades multiculturales? Grupos de diferente base cultural, ¿se volverán más compatibles y se aceptarán mutuamente? ¿Cómo será posible evitar las tensiones internacionales y nacionales – o el caos? ¿Qué medios e instrumentos pueden crear una mayor sensación de coherencia y armonía dentro de la sociedad? Estas cuestiones, relevantes para la mayor parte de las sociedades contemporáneas, deben ser enfrentadas seriamente en lo que respecta a la compleja y ya veterana realidad en el Medio Oriente.

En este artículo examino algunos de esos temas desde una perspectiva israelí, con énfasis en el componente judío de la sociedad de Israel. Me ocuparé brevemente de algunos patrones globales en el desarrollo moderno y contemporáneo de la población judía mundial, como contexto necesario para comprender las tendencias demográficas de Israel. Presentaré una selección de conclusiones tomadas de proyecciones poblacionales que iluminan distintos aspectos de la diversidad demográfica del país. Luego delinearé brevemente algunas tendencias actuales y previsibles en la población de Jerusalén – un caso muy interesante y particularmente sensitivo por su elevada diversificación y multiculturalismo. En mis conclusiones, comentaré brevemente las relaciones entre procesos demográficos, sociales y políticos.

## Demografía de la Diáspora judía

**S**i bien el ritmo de las tendencias globales mencionadas puede haberse acelerado en años recientes, algunos de esos mismos patrones y rasgos han estado presen-

tes desde hace mucho tiempo en el amplio contexto de la Diáspora judía. La migración internacional, las relaciones entre mayoría y minoría, el enfrentamiento con la diversidad interna y la construcción de comunidades han sido durante mucho tiempo parte de la experiencia demográfica, social y cultural de los judíos en el mundo entero. En una perspectiva histórica de largo alcance, puede mostrarse que los desarrollos sociales y demográficos dentro de la sociedad judía tendieron a menudo a anticipar los cambios más generales en el contexto no-judío.

Como parte de una larga historia de desequilibrios en el mundo, y de patrones regionales, nacionales y locales de crecimiento económico y recesión, los judíos de la Diáspora han enfrentado diferentes pautas de empleo, vivienda, ingresos y servicios. Las distintas posibilidades de cubrir las necesidades básicas de la gente –incluido el importante tema de los derechos civiles y políticos– se convirtieron en un determinante muy poderoso de la movilidad geográfica. Las personas procuraron, naturalmente, mejorar su nivel de vida y establecerse en países y regiones en las que se sentían física, política y económicamente más seguras. Con la desintegración de la URSS a comienzos de los '90, la migración internacional judía se intensificó dramáticamente, y continuaba manteniendo niveles significativos a comienzos de la década del 2000. El volumen del éxodo actual es comparable con el de dos puntos máximos de migración judía en el pasado: la migración masiva en la primera década del siglo XX, sobre todo desde Europa oriental hacia América; y la que siguió a la independencia del Estado de Israel en 1948 e incluyó tanto a cientos de miles de sobrevivientes del Holocausto como a comunidades enteras en peligro del Medio Oriente, Noráfrica y los Balcanes.

El impacto del rápido cambio cultural es otro factor importante en la actualidad. Existen grandes masas insatisfechas con las posibilidades culturales que les ofrece la sociedad contemporánea. Se percibe, especialmente en los países desarrollados, una difusa busca de significados y de valores, una nueva necesidad de identidad. La creciente prominencia del rol desempeñado por identidades étnicas y religiosas contradice pronósticos anteriores de científicos sociales, que hace unos pocos años preveían la emergencia de una sociedad más neutral y secular. La sociedad contemporánea, incluido su componente judío, presenta de hecho una aparente contradicción. Por una parte, debido a patrones muy dinámicos de modernización, innovación y comunicación, las personas se ven expuestas a las ideas y conductas de gentes distintas, lo cual tiende a erosionar y diluir los lazos preexistentes con la propia tradición cultural. Por la otra, las búsquedas de significado, identidad y valores, aun siendo en sí mismas actos privados, se acumulan hasta

constituir conductas colectivas y poderosas tendencias societarias. Es cierto que, tanto en el mercado abierto y competitivo de ideas y valores, como en el campo económico y político, los modelos norteamericanos están representados con mayor fuerza que otros, pero también pueden engendrar un potente antagonismo.

Este trasfondo debe ser tenido en cuenta al describir las principales tendencias globales de la población judía. Su total mundial, estimado en unos 16,5 millones en 1939, descendió trágicamente a 11 millones en 1945 (tras la Shoah) y fue estimado en 13,2 millones en 2001. Estas cifras representan la población judía "nuclear", y no incluyen varios millones de personas con cierto grado de origen judío o conectadas con familias judías, a quienes la Ley de Retorno israelí también considera elegibles para la inmigración al país. La judería mundial es un ejemplo de

un tipo de sociedad avanzada que ha llegado a un nivel de crecimiento muy bajo, nulo y aun negativo en números absolutos. Los judíos se están concentrando progresivamente en dos países, los Estados Unidos (46% del total mundial) e Israel (37%), y esos porcentajes tienden a aumentar. Un 12% vive en Europa y un 3% en América Latina. Más del 90% de la judería mundial se concentra actualmente en el 15% superior del grupo de países más desarrollados, mientras que en pasado existieron grandes comunidades judías en países sub- y semidesarrollados.

En el curso de los últimos cien años, los judíos experimentaron una alta movilidad geográfica, logros educacionales excepcionalmente elevados y un ascenso en sus niveles socioeconómicos. El abandono del trabajo manual y el masivo ingreso al comercio, más tarde a la administración y finalmente a las profesiones técnicas y liberales, modificaron su estructura comunitaria y económica. La creciente especialización se volvió característica de sus actividades económicas, con un creciente énfasis en ocupaciones que requieren un alto nivel de preparación y educación formal. Sin embargo, en años recientes, y por reflejo del impacto de la globalización en las economías nacionales, los niveles inferiores de las clases medias judías se empobrecieron, y las poblaciones de la Diáspora mostraron una tendencia a la polarización económica. En particular, la situación de muchas comunidades judías en América Latina evidencian un im-

pacto más dramático de esas tendencias que en otras partes del mundo.

En la esfera demográfica, y a nivel universal, el efecto se ha ido orientando hacia la erosión del núcleo familiar convencional, como lo muestran los matrimonios a edades más avanzadas, menos frecuentes y más a menudo heterogámicos, así como el creciente índice de divorcios. Lo que alguna vez fue la familia nuclear convencional tiende a convertirse en sólo una opción entre muchas dentro de la sociedad contemporánea general, también en las comunidades judías en todo el mundo. Las formas alternativas de familia incluyen el cada vez más frecuente hogar uniparental

y, lo que es significativo para la minoría judía, elevadas proporciones de casamientos mixtos. Una cifra que ha sido central en los análisis recientes de las comunidades judías de la Diáspora fue el descubrimiento de que, en los Estados Unidos, hacia



1990 la frecuencia de judíos que se casaron con no-judíos no convertidos al judaísmo superó el 50%. Entre los hijos de esos matrimonios, menos del 25% eran educados como judíos. Los bajos niveles de la formación familiar y la reproducción que caracterizaron a las comunidades judías de la Diáspora en las últimas décadas trajeron como consecuencia un significativo aumento de la edad promedio de las mismas. Uno de los principales problemas de las comunidades judías, que es general en las sociedades occidentales, es el estrechamiento del sector más joven de la distribución por edades, al tiempo que los sectores de edad más elevada se vuelven prominentes.

Los cambios de identificación en la historia judía moderna estuvieron asociados sobre todo con un proceso general de secularización y de debilitamiento de los lazos comunitarios. La emergencia del Estado de Israel proporcionó una alternativa poderosa y atractiva, en la forma de una identidad judía nacional. La escena contemporánea ha sido testigo de intentos por replantear los nexos reconocidos del grupo judío, de pasajes más frecuentes de un grupo al otro y de la emergencia de soluciones culturales heterodoxas y sincréticas destinadas a satisfacer en forma óptima las necesidades individuales. A veces, dichas necesidades no pueden satisfacerse mediante los mensajes simbólicos tradicionales o convencionales y los arreglos institucionales a los que el público judío se acostumbró a lo largo de su historia, particularmente

la del siglo XX. Ello genera lazos grupales más flexibles y porosos, contenidos ideológicos más diferenciados e índices altamente variables de participación personal, desde individuos muy activos en sus movimientos y comunidades, hasta otros totalmente ausentes de los mismos. Se notan también menos denominadores comunes en cuanto a la busca de modos preferidos de creencia, expresiones culturales y símbolos religiosos relevantes.

Si traducimos esas complejidades al marco organizacional de la comunidad judía, aparece un cuadro en el que parecen crecer las necesidades pero no los recursos. El menor consenso sobre el núcleo básico de los contenidos culturales y religiosos acarrea, entre otras cosas, una creciente contienda entre organizaciones que pretenden representar diferentes sectores del colectivo judío. En un tiempo en que las necesidades humanas conectadas con cambios demográficos, socioeconómicos y culturales se vuelven más complicadas, diversas y difusas, la inversión institucional necesaria para enfrentar dichas necesidades no sólo no aumenta al ritmo adecuado, sino además se halla involucrada en una creciente competencia con otros usos posibles de los recursos disponibles. En este contexto, la existencia del Estado de Israel probó y todavía prueba ser una fuente de seguridad fundamental y necesaria para una judería mundial que a menudo sufre discriminaciones económicas, políticas y culturales, e inclusive puede verse expuesta a una amenaza física.

## La población cambiante de Israel y la “fusión de las diásporas”

**I**SRAEL constituye un clásico caso de sociedad altamente heterogénea. Las diversidades culturales, en el mejor de los casos, o las tensiones, en el peor, son un factor permanente del tejido social israelí. La sociedad del país incluye una gran mayoría de personas pertenecientes al grupo étnico y religioso judío. La mayoría de los no-judíos son árabes palestinos, en su mayor parte musulmanes pero también cristianos, y drusos.

La mayoría judía de Israel es, por su propio origen y desarrollo, extremadamente diversificada, como resultado de varias grandes olas de migración internacional. Una gran masa de inmigrantes llegó a Israel en oleadas sucesivas desde fines de la década de 1940 hasta los primeros años de la de 1950, y continúa hasta nuestros días. Por lo tanto, Israel creció mediante el reencuentro de personas provenientes de distintos lugares del globo, que trajeron consigo una gran variedad de características sociodemográficas

junto con un fundamento común de esperanzas y aspiraciones, una historia y una religión compartidas, y el sentimiento de pertenecer a un pueblo judío. Las minorías judías de todo el mundo fueron profundamente afectadas por las sociedades en cuyo seno se integraron. Mediante la “reunión de los dispersos”, la población de Israel fue incorporando muchas de las características, contradicciones y tensiones que caracterizaron al sistema mundial general. Lo que solíamos llamar diferencias de “Oriente-Occidente” o quizás más adecuadamente “Norte-Sur”, fue internalizado meticulosamente en la experiencia sociohistórica de la Diáspora judía y transferido a la sociedad israelí.

Los dirigentes de ésta tenían en mente un modelo ideal del reencuentro y fusión de estos distintos tipos de inmigrantes con lenguas y características socioeconómicas muy diferentes. Por supuesto, existió el riesgo de que Israel se convirtiera en una sociedad altamente incoherente, tensionada y agobiada de conflictos. Sin embargo, cuando observamos las tendencias de la sociedad israelí, vemos que parece haberse impuesto un proceso global de convergencia social y demográfica. Muchas de las tendencias divergentes que caracterizaron a las poblaciones judías en la Diáspora, si bien no todas, se volvieron gradualmente más homogéneas en el contexto de la sociedad israelí. Las diferencias demográficas pretéritas en los países de origen han básicamente desaparecido, dando lugar a pautas más homogéneas de matrimonio y fecundidad. Aun cuando no han desaparecido sustanciales brechas socioeconómicas originadas en el pasado y relacionadas con logros educacionales, formación ocupacional y niveles de ingresos, el impulso general apunta en favor de direcciones homogéneas de cambio social, promoción económica y mejora en los niveles de vida.

Esta tendencia dominante hacia el mejoramiento es válida también respecto de la minoría musulmana y especialmente de las minorías árabe cristiana y drusa, aunque debe admitirse que persisten todavía brechas sociales visibles. La transición de la sociedad agraria a la urbana es particularmente perceptible en esos casos. En la población israelí de lengua árabe es muy evidente en la actualidad el conflicto entre el impulso general a la modernización y el reavivamiento de presiones más tradicionales y antimodernistas. Uno de los temas claves de discordia es el rol de la mujer árabe en la comunidad y la sociedad, tensionado entre las reductivas opciones familiares y reproductorias del pasado, y las amplias opciones personales y económicas abiertas por pautas más elevadas de educación.

Es cierto que el sentimiento de pertenencia a tradiciones etnoculturales peculiares, relacionadas con la geografía de los países de origen y las identidades etnorreligiosas, no ha desaparecido; de hecho, en los

años más recientes parecen haberse fortalecido, debido a las contingencias del nuevo sistema electoral israelí. Pero Israel es también una sociedad que se ha desarrollado económicamente a un ritmo de crecimiento singularmente veloz. Tras haber sido, en sus comienzos, una sociedad pobre y esforzada, en 1977 Israel ocupó el 23er. lugar entre 174 países en el Índice de Desarrollo Humano de las Naciones Unidas, que proporciona una evaluación general de la calidad de vida nacional. En el país operaron mecanismos institucionales comprensivos y compulsivos como la educación obligatoria, el servicio militar (para judíos y drusos), el seguro social y un sistema judicial fuerte e independiente. Se crearon patrones culturales comunes a toda la nación, entre los que ocupa el lugar central la emergencia del hebreo como lengua común y dominante, junto con otros modos de pensamiento y conducta compartidos por muy grandes sectores de la sociedad israelí. Y por sobre todo, surgió un sistema político central, que constituye un poderoso mecanismo unificado de representación y negociación de intereses grupales discordantes – si bien a través de modalidades y opciones diferentes que compiten entre sí. En resumen, mientras que el Israel de hoy posee pautas societarias claramente reconocibles, continúa siendo, al mismo tiempo, un mosaico vivaz y dinámico de diferentes culturas, todavía en busca de una definitiva consolidación.

## Proyecciones de la población israelí

**S**OBRE este trafo, las proyecciones de la población israelí indican una continua tendencia a un crecimiento significativo, pese a que se prevé una futura declinación en el volumen inmigratorio. En el pasado, el crecimiento de la población judía dependió de una inmigración heterogénea y numerosa, y por lo tanto su composición demográfica y sus tendencias iniciales reflejaron la diversidad socioeconómica y cultural desarrollada durante siglos en la Diáspora. Como se dijo, las pautas de modernización cultural y socioeconómica eran muy distintas entre los inmigrantes de los varios continentes. Con el tiempo, tuvo lugar un proceso de convergencia entre grupos de distinto origen geográfico, respecto de pautas como salud, edad de matrimonio y número de hijos. Los grupos que originalmente poseían fecundidad más alta la redujeron, y aquellos con fecundidad más baja la elevaron en alguna medida. Aunque en forma más lenta, también se produjo una reducción de brechas educacionales y económicas. Por otra parte, muchos factores visibles de variación demográfica continuaron y continúan siendo asociados con los niveles de religiosidad (dentro de la población judía) y

con las diferencias socioeconómicas y culturales (entre judíos, árabes y otros segmentos). Esas diferencias merecen un rápido escrutinio desde la perspectiva de las proyecciones poblacionales.

**Religiosos, tradicionalistas y laicos.** No es fácil estimar en forma clara el tamaño de diferentes segmentos de la población judía de Israel según su grado respectivo de observancia religiosa. Las diferencias ideológico-culturales judías operan más bien a lo largo de un *continuum* gradual y no en forma de saltos bruscos. La mejor manera de describir la expresión de la identificación judía en Israel es calificarla de multidimensional y gradual. Una manera indirecta de estimar el tamaño de diferentes grupos es considerar el número de alumnos registrados en las distintas redes educacionales oficiales del país: estatal, estatal religiosa, independiente o *jaredí* (sumamente religiosa y socialmente autosegregada). En 2000/2001, la distribución de alumnos era la siguiente: 66% en escuelas estatales; 18% en escuelas estatales religiosas; 16% en escuelas independientes. Tomando en cuenta el tamaño mayor de la familia en los grupos más religiosos, éstos ocupan de hecho una parte menor en el cuadro de la población total. Un estudio nacional sobre actitudes religiosas realizado en 1993 arrojó los siguientes porcentajes: un 14% se autodefinió como estrictamente observante; un 24%, como observante en gran medida; 41%, parcialmente observante; 21%, totalmente no observante. Otro estudio realizado en 1991/92 reveló una distribución algo diferente de actitudes religiosas subjetivas: 15%, religiosos (incluidos los *jaredim*); 11%, religiosos-traditionalistas; 34%, tradicionalistas-religiosos moderados; 40%, no religiosos. Reuniendo toda esa información, se puede estimar la parte más religiosa de Israel aproximadamente en un 25% –7% *jaredí* o “religiosos autosegregados” y 18% “religiosos nacionales”, y una mayoría de aproximadamente 75% que incluye desde tradicionalistas moderados a totalmente laicos.

Teniendo en cuenta la limitada exactitud y la variabilidad de esas estimaciones, es posible intentar una evaluación de los cambios demográficos prospectivos de los diferentes segmentos ideológico-culturales de la población judía. Un profundo estudio demográfico de Jerusalén en 1995 estimó que el promedio de número de hijos correspondiente a los distintos tipos de barrios constituía una buena aproximación a los segmentos subyacentes de la población judía. La respectivas TTF (Tasas Totales de Fecundidad) eran: 6,4 hijos en áreas en las que el 70% o más votaba a partidos religiosos (que representarán al segmento “religioso autosegregado”); 4,4 en áreas con un voto religioso del 40-70% (que representarán al segmento “nacional religioso”); 2,4 en áreas con un voto religioso menor del 40%

(una aproximación para el segmento desde tradicionalista moderado a muy laico). Los consecuentes índices de crecimiento natural fueron, respectivamente, 3,6%, 2,3% y 1%. Los mismos índices pueden aplicarse a la distribución total del país en segmentos según religiosidad, teniendo en mente que la distribución en Jerusalén es marcadamente distinta de la de Israel total.

Bajo esos supuestos, la cuota de los "religiosos autosegregados" aumentaría del 7% en el 2000 a 11% en 2020 y 17% en 2050; los "religiosos nacionales", del 18% al 21% en 2020 y 24% en 2050; y la mayoría (tradicionalistas moderados hasta laicos) pasaría del 75% al 68% en 2020 y 59% en 2050. Esas estimaciones operan dentro de las restricciones con que la migración afecta los grandes totales para la proyección poblacional media del país, que son independientes de las divisiones ideológicas. Dado que proyecciones separadas para cada segmento darían resultados totales mayores, esta restricción implica un gradual retardo en los actuales índices de crecimiento demográfico para cada segmento. Alternativamente, la proyección implica la continuación de la corriente actual, resultante en una transferencia neta desde los segmentos menos religiosos a los más religiosos. Si ello continúa así, la proyección de las tendencias observadas producirá hasta mediados del siglo XXI un cambio significativo –si bien no realmente revolucionario– en la distribución relativa de diferentes grupos religioso-culturales.

**Judíos, árabes y otros grupos.** A fines del 2001, el total de habitantes de Israel –6.500.000– incluía unos 5.100.000 judíos y 1.400.000 de árabes y otros grupos, de los cuales aproximadamente 1.000.000 eran musulmanes, más de 150.000 cristianos, unos 100.000 drusos y aproximadamente 250.000 sin clasificación etno-religiosa (estos últimos en su mayoría, parientes de inmigrantes judíos de la ex-URSS). Entre los varios cuadros posibles para el futuro, las proyecciones poblacionales suelen apuntar a la continuación de un muy rápido crecimiento demográfico en el Estado de Israel. El factor principal en este tema es la diferencia de fecundidad entre los musulmanes israelíes (cuyo TTF de 4,6 hijos es considerablemente más baja que la de la Ribera Occidental y de Gaza, aunque más alta que la de algunos países árabes) y los judíos y cristianos, cuyo TTF es 2,3-2,7. En el contexto de una significativa modernización que incluye mejoras en los logros educacionales, niveles de empleo y estilos de vida, estos patrones destacan la concomitante y vigorosa acción de las fuerzas tradicionalistas dentro de la comunidad musulmana. La pregunta de interés demográfico es si la fecundidad de los musulmanes israelíes se aproximará a la de los judíos (como ya ocurrió entre los árabes cristianos y

los drusos del país), y cuándo ello puede ocurrir. Los pronósticos demográficos varían básicamente según el calendario que se establezca para semejante reducción de diferencias.

Siguiendo diversas hipótesis sobre futuros niveles de fecundidad y de migración internacional, se supone que la población judía de Israel aumentará de 5 millones en 2001 a 5,8-6,6 millones en 2020, y a 6,9-9,7 millones en 2050. En el caso de una gradual convergencia con los niveles actuales de fecundidad judía, la población árabe israelí sumada a otros grupos no judíos, que en el 2000 dio un total de 1,3 millones, crecerá a 2,1 millones en 2020 y a 3,7 millones en 2050. En cambio, si la fecundidad continúa en los niveles actuales, los no-judíos serán 2,3 millones en 2020 y 5,3 millones en 2050. Compendiendo esas cifras con las estimaciones máxima y mínima para las proyecciones de la población judía, la población total de Israel de 6,5 millones en 2001 alcanzará una cifra entre 7,8 y 8,9 millones en 2020, y entre 10,4 y 15 millones en 2050.

Un aspecto adicional del futuro demográfico del país tiene que ver con las pautas de absorción de miembros no-judíos de familias recientemente inmigradas en el marco de la Ley de Retorno, en su mayoría desde la ex-URSS pero también desde Etiopía y otros países. Estas personas están registradas ya sea bajo otra afiliación religiosa, ya sea como "no especificados". Las personas de este último grupo poseen generalmente por lo menos una parcial afiliación familiar judía, y parte de ellos puede, con el tiempo, adoptar una identificación judía formal. Estos 250.000 del año 2001 pueden alcanzar varios cientos de miles como resultado de una inmigración continua y de cierto incremento natural en Israel. En las proyecciones precedentes, estas personas no fueron incluidas como judíos y constituyen una fuente potencial de crecimiento de la población judía, en Israel y en el mundo, si se desarrollan los mecanismos apropiados para su conversión al judaísmo y su incorporación a la corriente principal de la sociedad israelí.

Los imponderables de los mecanismos demográficos están ilustrados también por el desarrollo previsto para la población palestina total de la Ribera Occidental y de Gaza, que en el año 2000 alcanzaba aproximadamente los 3 millones. Si la fecundidad declina a niveles semejantes a los de los judíos israelíes, esa población alcanzará 5,7 millones en 2020 y 11,8 millones en 2050; de mantenerse los niveles actuales, llegará a 6,6 millones en 2020 y a 22 millones en 2050. Por lo tanto, el total de habitantes en el pequeño territorio de 28.000 km<sup>2</sup> entre el Mediterráneo y el río Jordán (incluidos los judíos, árabes y otros grupos israelíes, y los palestinos) crecería de 9.000.000 en el 2000 a 13,5-15,5 millones en 2020 y a 22,2-37 millones en 2050.

Algunas de estas cifras desafían claramente a la imaginación y no pueden considerarse perspectivas reales. Se supone que algunos mecanismos recesivos intervendrán para modificar las tendencias actuales. Las altas densidades de población implícitas en esas proyecciones revelan, sin embargo, un posible curso de evolución demográfica que acarrearía serias y problemáticas consecuencias para la “capacidad de resistencia” del territorio y para el equilibrio óptimo entre sus recursos humanos, económicos y ambientales. Esas tendencias implican poseen también un fuerte significado social y político tanto para el Estado de Israel como para la Autoridad Palestina. Quienes consideran que Israel debe mantenerse fiel a su ideal de constituir una sociedad judía y democrática deberían tomar urgentemente en cuenta esas proyecciones demográficas y sus implicaciones.

## La demografía multicultural de Jerusalén

LA ciudad de Jerusalén puede ser vista como un microcosmos de las diversas tendencias señaladas. Jerusalén es una de las más grandes e intensas capitales del mundo en lo religioso y lo cultural. La compleja configuración cultural de su población constituye uno de sus rasgos más fascinantes y contribuye a convertirla en un singular polo de atracción para los habitantes del país y del Medio Oriente, y para los judíos, cristianos y musulmanes del mundo entero. La diversidad cultural y social de Jerusalén tiene lugar en y es producto de un contexto regional imbuido de tensiones religiosas y políticas de antigua data y aún irresueltas. Todo visitante de la ciudad percibe rápidamente la presencia de una gran diversidad de grupos culturales, de estilos de vida zonales y de intereses comunitarios en conflicto. La cuestión es si, pese a esas diferencias, existe también una Jerusalén coherente, y si es posible manejar las necesidades humanas de un colectivo de ese tipo, de una manera eficiente y fructífera, aceptable, si no para todos, al menos para la mayoría de sus habitantes.

La Jerusalén del siglo XIX era un conglomerado pequeño y periférico encerrado en las murallas de la Ciudad Antigua, la cual estaba dividida en cuatro barrios: musulmán, cristiano, armenio y judío. Debido a esos rasgos geográfico-culturales, Jerusalén creció de manera diversificada, pluralista y conflictiva. Durante las últimas décadas del dominio otomano y sobre todo bajo el Mandato Británico, desde principios de los años '20 hasta fines de los '40, Jerusalén se expandió en proporciones significativas, sobre todo hacia el oeste, si bien algunas áreas del norte y del este también se incorporaron a los límites municipales. Tras la Guerra de Independencia de 1948, Jeru-

salén quedó dividida en dos sectores bajo dominio israelí y jordano, lo cual constituyó un factor permanente de fricción y conflicto. La guerra de junio de 1967 reunificó la ciudad bajo dominio israelí, a lo que siguió una rápida expansión territorial que incorporó zonas palestinas a su municipio.

A consecuencia de esos complejos acontecimientos políticos, la ciudad contiene diferentes grupos: judíos, musulmanes y cristianos de diversa afiliación doctrinaria; judíos de distinto origen geográfico; personas de características socioeconómicas muy variadas; y –lo más significativo en esta ciudad tan cargada de historia y de símbolos– individuos de actitudes culturales muy distintas, desde los profundamente devotos, pasando por los tradicionalistas moderados, hasta los hostiles a la religión. Personas que habitan a corta distancia entre sí pueden presentar una sustancial diversidad; el paso de un barrio al barrio contiguo puede parecer el paso de un mundo a otro.

La población de Jerusalén, relativamente pequeña a mediados del siglo XIX –unos pocos miles– creció a unos 100.000 en la década de 1930, se expandió rápidamente en las de 1950 y 1960, y superó los 600.000 a fines de la de 1990. Los judíos fueron siempre la mayoría o una pluralidad, el grupo étnico-religioso más grande. La población musulmana creció sustancialmente, sobre todo desde la incorporación en 1967 de los sectores orientales de la ciudad. Con el tiempo, debido a las circunstancias culturales y políticas, la proporción de las comunidades cristianas tendió a disminuir. En 1997, la población de Jerusalén comprendía más de 420.000 judíos, unos 160.000 musulmanes y unos 15.000 cristianos.

El mapa de la ciudad proporciona un colorido cuadro de la distribución residencial de las distintas subpoblaciones. La variable intensidad de culturas religiosas *versus* laicas que dominan barrios específicos crea un mosaico humano único en su género. En las franjas situadas al norte, este y sur, los palestinos musulmanes y cristianos constituyen mayoría, todavía en las líneas de la Jerusalén dividida. Algunos barrios judíos nuevos construidos después de 1967 en el norte, nordeste, sud y sudeste incrementaron sustancialmente el tamaño y la dispersión de la población judía por toda la ciudad. Como ya se dijo, culturalmente los judíos de Jerusalén cubren un espectro desde los muy tradicionalistas, pasando por los religiosos moderados y los tradicionalistas atenuados, hasta los puramente laicos. Estos grupos poseen su propia distribución residencial, según pautas muy claras. Los religiosos más ortodoxos ocuparon en una época barrios muy viejos, y más tarde se expandieron a zonas nuevas. En general existe una continuidad cultural a lo largo de grandes áreas contiguas, pero ocasionalmente una brusca frontera separa a los muy religiosos de los muy laicos.

Cabe preguntarse qué producto final emergerá en términos del tamaño y la composición demográfica de esta población urbana altamente diversificada. Es posible esbozar lo que puede ocurrir entre el momento actual y el año 2020, tanto para la población total judía y árabe, como para los diversos sectores de la población judía. Una hipótesis es que las corrientes observadas en los últimos años continuarán en el futuro previsible. Un cuidadoso monitoreo de las diversas variables relevantes puede ayudar a crear un conjunto de hipótesis razonables sobre el futuro de los cambios poblacionales. Como es previsible, existe una fuerte relación directa entre el grado de tradicionalismo de un barrio y el tamaño de su familia tipo. Dada la alta incidencia de la fecundidad en el ritmo de crecimiento poblacional, es previsible que las actuales diferencias de la misma entre subpoblaciones generarán el crecimiento acelerado de ciertos sectores de la ciudad, mientras que otros tenderán a mantenerse estancos o aun a disminuir.

Otro poderoso factor del cambio poblacional en cualquier gran localidad urbana es la migración intraurbana. Jerusalén, como muchas otras ciudades, posee un déficit en esa área. La gente tiende a mudarse desde el centro del área metropolitana a su periferia, y desde la ciudad a los suburbios y otras poblaciones en las afueras. La mayoría de los que se van son adultos jóvenes con niños, que procuran hallar una vivienda más adecuada a sus recursos económicos. Los judíos de los sectores más tradicionales, asociados con muy alta fecundidad, tienden a tener una representación elevada en este flujo del centro a la periferia. En consecuencia, dos tendencias demográficas opuestas tienden a equilibrarse mutuamente: el crecimiento más rápido de las grandes familias judías tradicionales se compensa con su marcada tendencia a reubicarse fuera de la ciudad. En el sector árabe, también los barrios musulmanes presentan alta fecundidad, pero la tendencia a reubicarse fuera de la ciudad es nula o muy escasa. En la actual situación política, parecería que residir en Jerusalén Oriental bajo gobierno israelí es claramente más ventajoso que hacerlo en áreas administradas

por las Fuerzas de Defensa de Israel o por la Autoridad Nacional Palestina.

El equilibrio entre la población judía de Jerusalén y la no-judía (árabe y otras) puede cambiar debido a que los barrios no-judíos están creciendo rápidamente. Si bien para el año 2020 puede todavía esperarse una mayoría judía en Jerusalén, la población cristiana y musulmana habrá crecido desde un 31% en 1995 hasta un porcentaje cercano al 40% en 2020. El significado de estas tendencias trasciende la pura demografía, ya que determinan el equilibrio entre los

dos mayores componentes culturales, religiosos, étnico-nacionales y por supuestos políticos de la población de Jerusalén.

En lo que hace al sector judío de la ciudad, pese a lo que puede pensarse a primera vista, no son los sectores más religiosos los que más crecerán: se prevé que del 29% en 1995, llegarán al 32% en 2020. En cambio, se espera un crecimiento mayor de la subpoblación que podríamos definir como intermedia en términos de su tradicionalismo, caracterizada además por un estatus socioeconómico inferior al término medio. Esos son los barrios judíos de Jerusalén que probablemente crezcan más, debido a un balance positivo de los movimientos migratorios—incluida la absorción de un gran sector de nuevos inmigrantes—

apoyado por niveles moderados de crecimiento natural.

Si las tendencias actuales persisten en el futuro previsible, puede esperarse una significativa disminución poblacional en los barrios judíos de mayores niveles socioeconómicos, mediante la combinación de bajas tasas de fecundidad con un balance negativo de migración interurbana. El crecimiento de la población en las secciones más pobres—significativo en las áreas árabes y moderado en las judías altamente religiosas—y la disminución en las secciones socioeconómicamente más fuertes implican un potencial descenso del nivel socioeconómico de la población total de Jerusalén.

Los dirigentes políticos y los planificadores urbanos confrontan una serie de desafíos y problemas en esta ciudad multicultural. Como ya se dijo, la diversi-



dad poblacional se originó parcialmente en diferencias regionales importadas en la sociedad israelí; es también consecuencia de una larga historia de continuidad e innovación cultural, cuyas raíces son eminentemente locales. El planeamiento debe esforzarse por secundar y anticipar desarrollos poblacionales, a fin de proporcionar a todos los habitantes de Jerusalén alta calidad de vivienda, empleo, servicios municipales y adecuado entorno físico. Pero el mayor desafío consiste en lograr una sensación de coherencia en la ciudad, pese a su flagrante diversidad.

## Algunas conclusiones

¿Cuál es el denominador común de todas las diversas tendencias sociodemográficas que hemos revisado? El impulso común es la creciente prominencia de la diversidad, a nivel global, nacional y local. La heterogeneidad demográfica puede responder a distintas causas: migración internacional; cambios territoriales relacionados con conflictos políticos; cambios culturales e identificacionales que llevan a la creación de nuevos grupos o a la asimilación y desaparición de los antiguos. La heterogeneidad poblacional es a menudo generada por amplios determinantes globales o regionales, pero en última instancia es experimentada en la experiencia cotidiana de individuos y comunidades en espacios relativamente pequeños. El panorama general de las actuales diferencias poblacionales puede evolucionar de otra manera también, hacia la posible emergencia de modelos societales alternativos. Entre los mencionados con más frecuencia en el discurso popular y científico están el **crisol**, en el que la fusión de los componentes originales crea un producto totalmente diferente; la **ensalada**, en la que se siguen percibiendo los distintos componentes pero el producto resultante posee un sabor propio y único; y el **acuario**, en el que los distintos componentes coexisten pero no se mezclan (salvo cuando, ocasionalmente, un pez grande devora un pez chico).

La sociedad en tanto complejo mosaico de diversos componentes constituye un objeto de observación fascinante. En semejante sociedad, el equilibrio y el funcionamientos de la totalidad continúa siendo

un tema tan fundamental como intrigante. El principal desafío sigue siendo cómo medirse del mejor modo posible con las necesidades colectivas en términos de pautas poblacionales, crecimiento económico, nivel de vida, cultura y política. ¿Dirigir los mayores esfuerzos hacia la máxima homogeneidad posible, o preservar la diversidad (el grado de la cual puede variar en distintas circunstancias)? Cualquiera sea la decisión estratégica final, a la luz de las tendencias demográficas esbozadas en diferentes contextos analíticos parece existir una creciente necesidad de estructuras e instrumentos capaces de operar en la sociedad como un amortiguador entre individuos que poseen propios y específicos perfiles, necesidades, creencias y gustos, por un lado, y la sociedad como un todo funcional, por el otro.

La comunidad organizada y sus instituciones adquieren en esta perspectiva un rol crecientemente importante dentro de poblaciones y sociedades contemporáneas que operan en situación de creciente diversidad. La función intermediaria de puente entre necesidades individuales y colectivas puede ser asegurada localizando y atendiendo a toda la comunidad, independientemente de su distribución territorial, o bien operando en el nivel local, sin atender a las pertenencias comunitarias específicas de sus habitantes. Pero, por sobre todo, son necesarias dos condiciones preliminares: (a) Una clara comprensión, por parte del personal político y administrativo, de los diferentes requisitos y percepciones de los diversos sectores dentro de la población; (b) el desarrollo de un espíritu de colaboración entre esos mismos sectores, si no en términos de coincidencia en ideas y valores, al menos en términos de los mecanismos de diálogo y las reglas del juego democrático.

Estos objetivos de desarrollo societario no pueden lograrse sin un marco general de estabilidad internacional y de normalidad. Todos los interesados en Israel y el Medio Oriente desean la continuación de los esfuerzos actuales tendientes a esos logros. Por el lado judío, el desafío para el siglo XXI es definir y preservar un estado judío democrático, desarrollado y seguro, como centro de un pueblo judío sensitivo, cultivado y unido.

*Traducción: Florinda F. Goldberg*

## REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- DellaPergola, Sergio (1999). "The Role of Community in Socio-Demographic Trends". *The Role of the Community Center in an Era of Uncertainty and Rapid Change*. Jerusalén: Israel Federation of Community Centers; pp. 35-50.
- (2000). "World Jewish Population 2001". *American Jewish Year Book*, vol. 101, pp. 532-569.
- (2001). "Jerusalem's Population, 1995-2020: Demography, Multiculturalism and Urban Policies". *European Journal of Population* XVII-2, pp. 165-199.
- (2001). "Demography in Israel/Palestine: Trends, Prospects, Policy Implications". Ponencia presentada en la IUSSP XXIV General Population Conference, Salvador de Bahía, agosto; 35 pp.
- DellaPergola, S., U. Rebhun & M. Tolts (2000). "Prospecting the Jewish Future: Population Projections, 2000-2080". *American Jewish Year Book*, vol. 100; pp. 103-146.